varios centenares de kilómetros de la platea en donde triunfa su mujer y de aquella en donde se cruzan esas palabras entre dos tristes mercaderes del arte y sus esposas. - Á muchas leguas de la escena y de los actores que recitaban sin alma, ante ese público tan hastiado, los versos sabiamente compuestos por uno de los más famosos carpinteros poéticos de hoy día. El cronista dramático se encuentra sentado con el pensamiento en el diminuto salón de la casa de labor, mirando sonreir á Reina á la que entrevé á través del espacio, tan amable, tan cariñosa, un poco melancólica á causa de su separación, pero tan agradecida! Esta visión fué suficiente para que una inexplicable felicidad circulase por las venas del antiguo periodista, tanto más cuanto que ha echado de ver hace un momento, al entrar su mujer en la sala de espectáculos, que todavía ha obtenido uno de esos éxitos de belleza de los que aun le llegan al alma. Con los ojos medio cerrados, el escritor olvida las innumerables crónicas que ha sido preciso hacer para pagar las deudas — todavía quedan por pagar diez y ocho mil francos! - Le Prieux olvidó el revuelo de malévolos artículos con los que había sido acogido su modesto volumen de Recuerdos. El escritor olvidó el sillón de la Academia y el recuento de votos académicos al que Matilde se había entregado de nuevo en el coche que les llevaba al teatro. Le Prieux olvidó sus cansancios ante la página inútil y la incurable nostalgia del arte traicionado. Olvidó todo para saborear la profunda voluptuosidad de ver felices, cada uno á su manera, á las dos únicas criaturas á las que había amado durante su vida, y darse cuenta de que lo eran por él. No ha malogrado su vida, no, y tenía razón al decir á su hija que había realizado su ideal. Había venido á París, como él decía, para ser poeta. Y ¿quién podría decir que lo era con más titulos que él?

EL TALISMÁN

A historia que van ustedes á leer, me fué relatada por uno de los artistas célebres de nuestra época y también uno de los mayores enemigos de todo reclamo, de toda ostentación personal, de toda confidencia intima. No revelaré su nombre, pues no quiero pedirle el permiso, que sin duda alguna me negaría, de contar esta anécdota, aunque pertenece á su más lejana juventud. También callaré la naturaleza de su talento. ¿Es escultor ó pintor, músico ó arquitecto, poeta ó dramaturgo? El silencio absoluto que guardaré acerca de ese punto, me parece autorizar un relato que lleva consigo una enseñanza de orden muy humano, porque interesa á la psicología de la infancia y, por consiguiente, á la educación. Recuerdo que ese fué el motivo que me indujo á transcribir inmediatamente esta confidencia, algunas veces pueril, otras veces sobrado minuciosa, como de un hombre que generalmente no confiesa toda la verdad. En ello he creído ver una palpable prueba de esas dos verdades, igualmente desconocidas: una, que las malas pasiones de la edad madura ya se encuentran en germen y fácilmente dispuestas á despertarse en la inocencia del niño; la otra, que la más segura curación de esos precoces vicios, se encuentra en la magnanimidad del educador anciano... Agregaré, para colocar este relato en su exacto cuadro, que el artista que nos lo hizo, acababa de obtener uno de sus más brillantes éxitos. En esta ocasión, uno de los compañeros de sus primeros años, le había bajamente difamado en un periódico. El artista fué

el primero que nos habló de ese artículo; después, la conversación había continuado acerca de la envidia, de esa odiosa pasión que es el estigma profesional de los amantes de la gloria. Todos negábamos, más ó menos sinceramente, haberla experimentado, cuando con gran asombro, nuestro camarada, que sabiamos era tan generoso en medio de su fama, tan entusiasta por el talento de los demás y tan extraño á las mezquindades de la rivalidad entre los de la misma profesión, nos interrumpió para decirnos: « ¡ Pues bien, yo había nacido envidioso, debo confesarlo, y eso es lo que me hace indulgente con los desgraciados como X!» — y nombró á su difamador. « Cuando leo un párrafo de ese género y estoy á punto de indignarme, me acuerdo de haber cometido vo mismo, por envidia, una abominable acción, y si entonces no hubiese encontrado para avergonzarme á uno de esos justos, cuya imagen se tiene presente toda la vida, ¿quién sabe? tal vez ese repugnante instinto de odio contra la felicidad del prójimo, sin duda alguna hubiese aumentado... No quiero pasar por lo que no soy, así pues, declaro que en algunos momentos desagradables le vuelvo á encontrar en los más ocultos rincones de mi corazón y entonces me vuelvo á casa y miro un talismán que ese justo me ha dejado... Hele aquí, agregó dirigiendo sus ojos hacia la mesa de despacho en donde había una estatuita de bronce, colocada sobre varios papeles. « Como ustedes ven, es un Hermes, de los llamados psicagogos, ó conductores de almas. Su actitud y su caduceo lo indican. Ustedes verán cómo, por lo que á mi respecta, ha sido bien calificada. Debe ser una reproducción romana de una hermosa estatua griega... Desde hace treinta y nueve años, esa chucheria no se ha apartado de mí, y tengo cincuenta, lo que les prueba que la villanía, de que tengo ahí el inolvidable testigo, remonta á mi undécimo año... » Al oir esto, lanzamos gran número de exclamaciones, pues esa cifra contrastaba demasiado con la severidad de las palabras empleadas por nuestro camarada, que nos respondió con una confesión que transcribo textualmente, vuelvo á repetir, sin cambiar nada, sino dos ó tres detalles que indicarian, demasiado claramente, el lugar y el héroe de esta tragedia infantil. ¡ Y que perdone esta indiscreción á su oyente y amigo!...

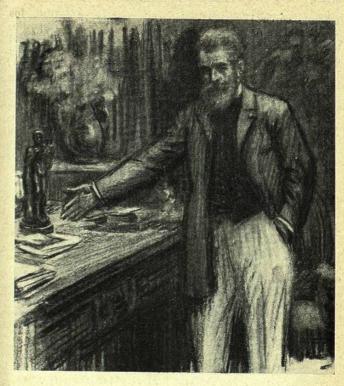
T

чомо decía hace un momento, los recuerdos que evoca en mí esta diminuta estatua de bronce, están relacionados con mi lejana infancia y, por consecuencia, con los primeros años que siguieron al advenimiento del Imperio. Entonces habitaba yo en una pequeña población del centro de Francia que se había significado en 1848, por su fervor republicano. En 1855 significábase por su fervor bonapartista, con indignación de algunas personas entre las cuales se encontraba un mi tio encargado de educarme. Este hermano de mi madre enseñaba las matemáticas en la Facultad de la población. No estaba casado, y mis padres, instalados en el campo, me habían confiado á él, con el pretexto de que vigilase mis estudios, pero en realidad, con el secreto deseo de que después me nombrase su heredero. Este digno hombre, que, como suele decirse, no hubiese hecho daño á una mosca, era un jacobino apasionado. en el cual la revolución de febrero había producido una verdadera locura de desesperanza y después, el golpe de Estado del 2 de diciembre le había herido como una desgracia personal. Siempre sonrio cuando me acuerdo de las asombrosas charlas á que asistí, muy pequeño. entre ese querido tío y sus amigos, la mayoría honrados profesores como él y casi todos cargados de familia ó simplemente enamorados de su profesión ; habían tenido que prestar juramento de fidelidad al nuevo régimen y al tirano! Tratando clásicamente de Tiberio y de Nerón al benévolo César que entonces soñaba en las Tullerias, se vengaban de aquella inofensiva formalidad. Con extraña confusión, celebraban como profetas á todos los peligrosos ó grotescos utopistas del socialismo

revolucionario: - los Fauriel, los Saint-Simón, los Proudhon, los Luis Blanc. Estos hombres de estudio. estos funcionarios, estos burgueses, deploraban que el gobierno de febrero no hubiesen tenido la energia terrorista — todo esto en medio de dos plácidas correcciones de composiciones escolares, si enseñaban en un liceo, ó entre dos exámenes del bachillerato, si era en la Facultad. En esa época, mi imaginación de niño, nutrida con el De Viris, hacia que encontrase sublimes esas palabras y esos grandiosos caracteres. El recuerdo de su cómico enternecimiento todavía me divierte; y veo, uno después de otro : - al auxiliar de Historia, el señor André, llamado el Bárbaro á causa de la tesis que preparaba acerca de Teodora; su homónimo, el señor André, el físico, llamado André fi, para diferenciarlo del otro. - el señor Martin, el helenista irreverentemente llamado el Papanatas. - Sobre todo veo al alter ego de mi anciano tio, el doctor León Pacotte, profesor de partos de la Facultad de medicina, — el que me regaló ese talismán contra la envidia, ese diminuto Hermes Salvador.

El tal doctor, que en esa época era muy anciano (va tenia setenta años), me ha quedado en la memoria como una aparición fantástica, tan largo y delgado era, con un rostro afilado como la hoja de un cuchillo, y unas narices interminables cabalgadas por unas gafas redondas; hubiera parecido caricaturesco, sin la mirada de sus ojos, muy negros, en medio de un rostro muy pálido, casi exangüe. Irradiaba de ellos tal voluntad, y también tal bondad é inteligencia, que sólo el encuentro de estas brillantes pupilas, hacia extinguirse en mis labios la burlona sonrisa del chicuelo. Su descolorido cutis, sus estrechos y delgados hombros, la delgadez de su tronco y de sus miembros, denunciaban en este sexagenario un temperamento débil, conservado por un milagro de régimen, del que complacientemente se alababa; algunas veces le había oído decir:

— Dupuytren, mi profesor, me dijo que estaba yo condenado á morir tísico cuando me tomó como interno, á los veintiún años, pero lo enterré en 1835... Broussais,



- Como ustedes ven, es un Hermes... (pág. 218.)

el gran Broussais, confirmó este diagnóstico, y lo enterré en 1838... También era la opinión de Orfila y lo enterré en 1853...

Y mi tio reía silenciosamente, con la irónica risa de un viejo médico que triunfa con las excelencias de su propio método. ¿Cómo este hombre, tan bueno, conciliaba su ternura de corazón, sus cualidades de abnegación, de fiel amistad, con esa extraña y macabra ale-

gria de supervivencia? Quien quiera, que resuelva este problema. Á pesar de los años transcurridos, todavia siento el ligero estremecimiento que experimentaba cuando su gran mano de ginecólogo se posaba sobre mi rapada cabeza de escolar. De sus huesosos dedos se exhalaba ese olor quirúrgico que ningún lavado disipa enteramente: ese tufo de hospital en que se mezclan los olores de yodo y de vino aromático, de fenol y de cloroformo, y su vieja experiencia comenzaba á adoctrinar mi juvenil atolondramiento.

— Te pareces à tu abuelo... — decia — le he conocido mucho. Estaba hecho para vivir cien años; pero nunca quiso escucharme... Yo le repetia : el estómago es la plaza de armas del cuerpo. Comer á horas regulares. No leer después de haber comido. Hacer ejercicio... se burlaba de mi, pero lo enterré en 1847. Toma ejemplo... Mírame. Sólo tengo un pulmón, me creian perdido sin remedio y verdaderamente lo estaba; si vivo es porque me he empeñado en ello y por que razoné... Medí la capacidad de mi tórax y he aquí que hace cincuenta y cinco años, ¿me oyes bien? que tomo á cada comida el peso justo de alimento que es preciso para que la digestión no haga trabajar á mis músculos con exceso... Y así sucesivamente...

Y era verdad que esta asombrosa regularidad de costumbres hacia de él una figura de la más pintoresca originalidad. Todavia veo el soleado comedor, en donde ibamos mi tio y yo á sorprenderle después de su almuerzo v de su comida. En el trinchero había colocadas siete botellitas, tapadas con un tapón esmerilado, en donde guardaba, todos los lunes, el Burdeos añejo para cada día, exactamente dosificado y que debia ser suficiente para el consumo de la semana. Aun lo vuelvo á ver, con sus interminables piernas cruzadas, v, bajo la parte inferior de su subido pantalón, las desigualdades del grueso cuero de sus botas altas, que nunca se quitaba por temor á la humedad. En invierno llevaba, por encima, una especie de zuecos cuya suela de madera golpeaba contra los peldaños de piedra de nuestra escalera cuando venía á visitarnos. Aún al cabo de tantos años, todavía oigo

el automático paso del anciano médico. Vuelvo á ver su larga levita color castaña, con cuello de terciopelo, cuya forma y color no varió durante toda mi infancia, su eterna corbata blanca, rodeada dos veces alrededor de su largo cuello, y que sobresalía por encima del de su camisa, su sombrero de copa, de paño mate, con anchas alas, y los mitones de punto que llevaba por encima de sus guantes de piel. Y sobre todo veo el salón en que, el domingo por la tarde, celebrábase una verdadera reunión de libre pensadores y de jacobinos, constituída por mi tío, los profesores enemigos del Imperio y por algunos abogados, propietarios ó rentistas que compartian el radicalismo del dueño de la casa. ¿Por qué extraño misterio, ese juicioso higienista, todo observación y realismo, profesaba en política las doctrinas más contrarias á la experiencia? He comprobado tantas veces ese fenómeno en otros médicos, que no debía asombrarme, y sin embargo, siempre me sorprende. Esta anomalía era tanto más notable en el doctor Pacotte, cuanto que ese irreconciliable enemigo de los reyes y los clérigos, ese loco admirador de los energúmenos de la Convención y que hablaba con idolatría de Dantón, de Saint Just y de Robespierre, ese triunvirato de sanguinarios bandidos, era, al mismo tiempo, un apasionado de la vieja Francia, un aficionado y un coleccionista infatigable de todos los preciosos restos de la antigüedad esparcidos por nuestra provincia. Su salón rebosaba de tesoros que ha legado á la población y que hacen del museo de esta pobre ciudad de provincias, uno de los más ricos de nuestro país. Allí es donde mis ojos de adolescente fueron acariciados por primera vez por los vivos y cálidos colores de los azulejos de Limoges. El doctor tenía quince azulejos, de la mejor época, la del maestro Grandmont, con sus hermosos fondos color de lapislázuli, con esos ropajes de un suave verde de agua, ese rojo obscuro de las cabelleras y de las barbas, formando marco al delicioso rosado de los rostros. ¿Dónde había descubierto ese tesoro? Nadie lo sabía. ¿Dónde se encontraban esos magnificos púlpitos esculpidos por algún genial artista de Borgoña del siglo xv? ¿De dónde

un discurso ante sus alumnos. Esta algarada le habría valido la prisión, de haber sido el gobierno imperial tan tirano como mi tio y sus amigos aseguraban todos los domingos, entre las chucherías del médico radical. En lugar de eso, se había contentado con dejarlo cesante. Montescot había nacido en nuestra ciudad, en donde conservaba algunos lejanos parientes, del mismo nombre que él. Así, pues, era muy natural que se retirase allí; mas para los monomaniacos del salón Pacotte, la llegada del filósofo dimisionario, se había convertido en seguida en una tenebrosa maquinación de los opresores del pais.

- Le han impedido que se gane su vida en Paris, - había dicho solemnemente el señor André, el Bárbaro. - ¡Ah!¡qué bandidos! agregó después en tono misterioso: « Afortunadamente ya ha nacido Tácito en el Imperio... - Esta cita que pasaba continuamente á través de los discursos del buen hombre, significaba que el profesor de historia preparaba un trabajo acerca de los doce Césares, lleno de las más crueles alusiones al presente régimen.

- Han tenido miedo de su elocuencia - había respondido André Fi, antiguo camarada de Montescot en la escuela Normal. Esta confraternidad con el mártir, le daba mucha importancia: «¡Si le hubiesen oido ustedes hablar!... En la escuela, los científicos como nosotros no sentíamos gran inclinación por los literatos, y en particular por los filósofos, á los que llamábamos charlatanes; ¡ pero lo que es ése !... ¡ Ah ! ¡ Lo que es ése !... - y buscando un término de comparación, el físico, que de toda la historia sólo conocía la Revolución, había agregado, creyendo otorgar una corona á su amigo: « Es un Vergniaud...

- Serán castigados - había interrumpido mi tío, en el que las convicciones republicanas iban unidas á un espiritualismo exaltado, que los constantes estudios astronómicos, fundaban en la asombrosa concepción de una emigración de las almas á través de los astros. Cada cual habitará las estrellas inferiores ó superiores, según

sus virtudes y, concienzudamente, el dulce sabio poblaba de virtuosos jacobinos, las llanuras de Júpiter, en donde reina una eterna primavera y de infames reaccionarios las tórridas ó heladas regiones de Venus que no poseen zona templada. — Si — continuó — serán castigados en este planeta y en el otro, y Montescot será recompensado... El Absoluto no puede equivocarse.

- Mientras tanto - había dicho el doctor Pacotte, que aunque buen republicano, todavía era mejor materialista — como no estamos en Júpiter ni en Saturno y el Absoluto no se ocupará de alimentar á Montescot, desde mañana voy á buscarle lecciones entre mi clientela... ¿Está casado su amigo? — Y á la respuesta negativa del señor André Fi agregó: — entonces haremos que viva con holgura, á pesar del prefecto, del rector y de la policia:.. En cuanto llegue, me lo llevará usted, ¿no es verdad, André?... Si han creido dominarle por medio de la persecución poco que van á rabiar!...

Después de tales discursos ¿tengo necesidad de explicar qué lugar ocupó inmediatamente en mis sueños de niño ese Catón moderno, ese Tráseas contemporáneo, ese Séneca de Luis el Grande, perseguido por los misteriosos atormentadores que me figuraba presididos por el verdugo en jefe, por ese pobre Napoleón III, cuva benévola fisonomía, contemplada en las monedas, me desorientaba un poco aunque fuese muy niño. Pero sentía por mi tio y por sus amigos un respeto locamente crédulo, más fuerte que la evidencia. Además, por muy extraña que parezca tal aberración, esas honradas personas, obraban de buena fe, y se creían aplastadas por un régimen que les dejaba esa libertad de opinión y de palabra. Como la buena fe de los grandes personajes obra de la manera más contagiosa en los adolescentes, cuando fué anunciada para el próximo domingo la llegada de Montescot, pasé la semana en un verdadero estado febril. Es preciso creer que ese es un profundo rasgo de mi naturaleza, porque he vuelto á sentir esa fiebre, tan ardiente, y casi tan impaciente, después, cada vez que he debido conocer á alguien cuye talento admiraba, y, casi siempre he vuelto a sentir la repentina decepción que sufri al ver entrar en leasa del

doctor Pacotte al personaje en cuya frente habia visto con completa claridad, una aureola de martirio.

El señor Montescot era un hombre de treinta y cinco años, que aparentaba cuarenta y cinco, con un rostro pensativo y raquitico, en que se leía la miseria de una consumida salud. Era bajito, cargado de espaldas y ya calvo; y, cuando sonreía, dejaba al descubierto un gran agujero negro, su boca, á la que faltaban casi todos los dientes de la mandibula superior. Una invencible timidez daba, á sus menores movimientos, una torpeza todavía aumentada por una gran miopía. Llevaba unos lentes continuamente instalados sobre una nariz demasiado pequeña. Después he sabido que por sus venas corria algo de sangre rusa, y en efecto, poseía ese rostro medio asiático, ancho y como aplastado, que se encuentra entre los eslavos; pero el físico, que le sirvió de introductor, después de haberle servido de anunciador, no había mentido: aquella fisonomia casi miserable, se transformaba al hablar. La naturaleza, tan caprichosa en el reparto de sus dones, le había dado un órgano de gran orador, una de esas encantadoras voces que son como una música para el oido, y cuya persuasiva seducción es irresistible. Esta era la superioridad absoluta de este hombre incompleto y también debía ser la razón de su ineficacia. Desterrado en provincias, pasó allí muchos años, que podrían haber sido fecundos, si en lugar de hablar, hubiese escrito, si en vez de explayarse en interminables discursos, en casa de mi tío, en casa del doctor Pacotte, en todos los lados en que el auditorio vibraba de acuerdo con él, se hubiera preparado, por medio de profundos estudios, al regreso demasiado cierto, de su partido al poder. Pero, todavía una vez más, la personalidad de Montescot, solo se ha dibujado así más tarde en mi pensamiento, pues, por el momento, sólo sentí una confusa impresión de desencanto, inmediatamente dominada y rechazada por otra de asombro, de interés y de curiosidad : el recién venido traía de la mano á un jovencito, que debía tener exactamente mi edad, y cuya existencia no había sido nunca mencionada en las palabras cruzadas á mi alrededor durante aquellos últimos días.

— Me he permitido traer á mi pupilo — dijo simplemente al señor Pacotte — para no dejarle solo en la casa.

— Y ha hecho usted muy bien — respondió el doctor — tendrá un pequeño camarada. ¿Cómo se llama?

— Me llamo Octavio — dijo el mismo niño.

— Bueno, Octavio — continuó el dueño de la casa poniendo el brazo del diminuto visitante bajo el mío, — he aquí un jovencito con el que hará usted un par de amigos. Id á jugar al jardín...

III

UÉ relación de parentesco unía al encantador niño. con el que inmediatamente bajé hacia el gran jardín del doctor, y al catedrático dimisionario que lo habia presentado como su pupilo? El recuerdo de algunos detalles que hoy acuden á mi imaginación, me induce á creer que el llamado padrinazgo ocultaba una verdadera paternidad. Aunque Octavio fuese tan elegante y flexible como el señor Montescot era tosco y torpe, evidentemente habia semejanza entre los dos : el color de los ojos, que en ambos era azul, de un azul muy claro, casi gris; los cabellos, de un rubio tirando á rojo; la forma un poco aplastada del rostro y sobre todo la voz, que era muy parecida, casi de entonación idéntica. Únicamente, si el joven Octavio era, como creo, hijo del filósofo, era un hijo del amor, y una vez más la pasión había hecho el milagro de una herencia transfigurada. Toda la gracia de la madre había debido pasar al niño. ¿Quién era esta madre? ¿Cómo este hombre superior, pero tan poco seductor, había encontrado una querida capaz de darle un hijo tan hermoso? ¿Qué era de su vida y por qué ese discipulo de Kant no se había casado con ella? Nunca he llegado á saber la verdad acerca de todos esos enigmas, y es probable que la muerte de esta mujer hubiese coincidido con su regreso á provincias, atribuido con complacencia por

mi tio y sus amigos á la tiranía imperial. Debo hacer justicia à esas honradas personas en las que el fanatismo político era una de las formas de la candidez : si sospecharon que el señor Montescot no les decia la verdad, presentando á su pupilo como huérfano, unido á él por un lejano parentesco, nunca se permitieron hablar de eso ni aun entre ellos mismos. Sí, esas personas eran muy buenas, y al acordarme de ellas comprendo qué fuerte y sólida Francia haría aún esa vieja burguesía provinciana, si, al cabo de cien años, el error revolucionario no hubiera minado la obra de tantas virtudes.

Pero vuelvo à esa tarde del mes de octubre en el jardin del doctor. Era una especie de parque, medio silvestre, y rodeado de tapia. En otro tiempo había pertenecido, como la casa, á un convento de capuchinos, suprimido á últimos del pasado siglo. El anciano médico guardaba ese terreno, como hacía con todo, por higiene, á causa de la exposición al sol, y de los grandes árboles, cuyo marchito follaje mostraba ese domingo los encantadores matices de la púrpura y del oro. En esa época, estaba yo bastante ágil y pasablemente orgulloso de mi agilidad, En el momento en que llegamos á la escalinata, Octavio y yo, tuve un ligero movimiento de ostentación vanidosa, y le dije: - ¿Quiere ver usted cuántos peldaños salto?... Después, bajé tres ó cuatro, y franqueé de un salto los que quedaban. Me volví hacia mi nuevo camarada, que se había quedado en lo alto de la escalinata. Esperaba de su parte alguna frase de asombro, porque no me había arriesgado à este salto sin un ligero estremecimiento de miedo y me consideraba muy valeroso por haberlo intentado. No obstante, Octavio no tradujo su admiración por gesto alguno, con ninguna palabra, pero vi con estupor que juntaba los pies, colocando los brazos hacia delante, en la clásica postura que nos recomendaba nuestro profesor de gimnasia, tomar impulso, doblar dos veces las piernas y á la tercera, saltar todos los peldaños de la escalera. Mi nuevo amigo no había disminuido como yo la distancia bajando los tres ó cuatro primeros escalones. Cuando hubo realizado esa proeza, que verdaderamente lo era para un niño de su talla y de su edad, su orgullo sólo se mani-

festó con una mirada. Yo respondí á ella con el irresistible grito del amor propio resentido : « Haré lo mismo. » Subí á la parte superior de la escalinata. ¡ Ah! ¡ Qué larga me pareció la escalera! Mas encontré nuevamente la mirada de mi compañero y salté á mi vez... ¿Fué torpeza originada por el temor de un fracaso? Ó bien ¿era superior á mis fuerzas la gran distancia? Lo cierto es, que mis pies tocaron los últimos peldaños, y en lugar de caer á plomo, fuí á rodar sobre la arena del paseo, con las rodillas ensangrentadas, el pantalón roto y el hombro magullado; en fin, una de esas caídas para romperse ambas piernas, y de la que los niños se levantan, como los borrachos, contusionados pero intactos. Octavio había acudido á mi lado pálido de terror. Su voz temblaba al preguntarme:

— ¿Se ha hecho usted daño?...

- Ninguno - respondi poniéndome de pie y para demostrar la veracidad de este heróico embuste, eché á correr por el jardín, aunque mis miembros estuviesen cruelmente doloridos... Pero la humillación había sido demasíado grande, y un estremecimiento de verdadero odio palpitaba en mí contra mi joven compañero, cuya bondad manifestó con el silencio que tuvo la delicadeza de guardar acerca de la naturaleza de mi caida, cuando volvimos al salón después de haber jugado en el jardin, y cuando dije para explicar mis desolladuras y el estado de mi ropa :

— He dado un mal paso en la escalera.

— ¿Cómo encuentras á tu nuevo camarada? — me preguntó mi tío cuando nos quedamos solos, él, el doctor Pacotte y yo. Los dos viejos solterones, según costumbre del domingo, el matématico y el médico, comían, ó para emplear la expresión del país, cenaban á solas, á las cinco y media, y me sentaban en la mesa entre ellos, como un animalito domesticado, cuya presencia ni siquiera sospechasen. ¡ Qué charlas oí así á esos dos hombres que sólo vivían para las ideas, — admirables cuando no hablaban de política. No tenía edad para comprender su elevación; pero la sentía, la respiraba como una atmósfera y esa fué la mejor y más eficaz enseñanza. Cuando uno

de mis grandes amigos me dirigia la palabra, generalmente respondía vo con toda confianza, con toda la franqueza, tan natural en un niño bien educado. Es preciso creer que el vil germen de la antipatía, depositado en mi corazón de escolar por ese primer contratiempo con el pupilo del señor Montescot, ya germinaba en mi alma y que vagamente me daba cuenta de ello, porque, por primera vez, experimenté una instintiva turbación al decir lo que pensaba. Balbuceé una frase evasiva, criticando á Octavio, mientras el calor me subía á las mejillas, me pareció - ¿era una ilusión? - que la mirada del médico, aquella extraña mirada acostumbrada á diagnosticar, tan aguda, tan reflexiva, se posaba sobre mí, con una penetración que me molestó... Esto no fué más que un relámpago y en seguida, cuando mi tío volvió á interrogarme de nuevo :

— ¿Serás bueno con él en el colegio; me lo prometes?...
— ¡Oh! ¡Sí! respondi espontánea y sinceramente.
¡Qué compleja y contradictoria es la sensibilidad del niño á la que el prejuicio cree tan sencilla! Experimentaba una necesidad casi física de no volver á ver aquella expresión, que no hubiera sabido definir, en las pupilas del doctor Pacotte. Era como si hubiese leido claramente en mí alguna cosa vergonzosa que yo mismo no leía.

IV

S i he insistido acerca de ese primer episodio de mi encuentro con Octavio, es porque encierra el tipo completo de su carácter y del mio en esa época de nuestra existencia. El dramita que se había desarrollado en la escalinata, era la pueril imagen — entre ambos sólo contábamos veinticuatro años — de las relaciones de rivalidad que inmediatamente se establecieron entre nosotros. ¿Se desarrolla, entre los niños que se sienten en una situación excepcional, y que tienen orgullo, energías también

excepcionales? Frecuentemente lo he pensado al comprobar los esfuerzos de que son capaces ciertos adolescentes muy pobres. En ninguno de ellos. esta tensión del ser hacia la primacía, me ha parecido más fuerte, más constante que en él. Octavio era un niño de inteligencia bastante vulgar y de mediano vigor: pero desde esta tierna edad, poseía tal poder para aplicar su voluntad á la acción presente v una especie de fria obstinación, que debia hacerle triunfar de toda competencia, tanto en los estudios, como en los juegos. Desde esa época, era una 'criatura] hecha, en lugar que los otros icamaradas y yo mismo sólo éramos bos-



— Me he permitido traer à mi pupilo... (pag. 229.)

quejos, de individuo. Si hubiese vivido, no sé á lo que habría llegado. Por lo demás, ¿es discutible esta hipótesis? No podía vivir pues toda madurez es un fin, y Octavio era á los once años un alma madura. Cuando entró en nuestra clase, nos dimos cuenta de ello á las primeras respuestas que dió al profesor. Sin duda alguna, sus conocimientos en griego y latín no eran superiores á los nuestros, pero había una claridad en su espíritu y en su palabra una precisión, y, por decirlo así, una certeza que inmediatamente le puso á parte. Lo mismo sucedió desde la primera composición. Habíannos dado á traducir, del latin al francés, una página de Tito-Livio, bastante dificil para los alumnos del quinto año. El año precedente había yo obtenido el premio de versión latina y consideraba el primer puesto en esta materia, como una especie de derecho adquirido. Todavía lo recuerdo. Cuando salimos del liceo, después de haber hecho la composición, un martes por la mañana, pedí á Octavio que me dejase leer su trabajo con objeto de compararlo con el mío. El joven me alargó un cuaderno que le servía para hacer los borradores, cuyo solo aspecto, revelaba esa virilidad precoz del jovenzuelo. ¡Era tan firme la escritura, tan clara, tan acabada! La ausencia de enmiendas, atestiguaba una capacidad de trabajador intelectual, muy diferente de nuestro procedimiento, en que todo se volvía toques y más retoques. Con solo ver esta página, comprendí que su versión debía ser mejor que la mía, lo cual me hizo leer lo que había escrito, y si no hubiese estado allí, de fijo rompo á llorar de despecho, al comprobar que su versión era muy superior á la que yo acababa de hacer. Este despecho me crispó el corazón hasta el sábado. Ese era el día en que el provisor entraba en las clases para proclamar el resultado de las composiciones. Generalmente, esperaba la entrada de ese temible magistrado con una singular ansiedad. Esa tarde, mi angustia casi llegó al dolor, y cuando desplegó la lista y comenzó á leer, hubiese deseado huir de la vasta habitación en donde escuchamos de pie, Octavio su triunfo, por que era el primero; yo, mi derrota, porque sólo había

obtenido el tercer puesto y signo evidente de que ya era Octavio quien excitaba mi antipatia, personalmente, es que no experimenté la menor sensación de odio contra el condiscipulo que, clasificado el segundo, también me había vencido. ¿Qué pensaría, cuando al día siguiente de esá funesta jornada, el domingo, volví á encontrarme con mi afortunado rival en el salón del doctor Pacotte? Todavía oigo la voz de mi tío dando la enhorabuena al señor Montescot, por el brillante comienzo de su pupilo, y diciendo:

- Según parece, mi sobrino se va ver obligado á luchar con un buen atleta.
- Eso es lo que hace falta respondió el señor André, el Físico, los colegios de Paris, sólo son lo que son á causa de esa competencia entre los buenos alumnos...
- Serán Niso y Euryales continuó el señor André,
 el Bárbaro, que no desdeñaba las citas latinas.

His amor unus erat, pariterque in bella ruebant...

Sabía bastante latín para traducir esos versos relativos á la amistad de los jóvenes héroes de Virgilio y acerca de su fraternidad en la lucha. Pero los sentimientos que me inspiraba el Euryales escolar, del que el profesor me hacía el Niso, era de un orden muy diferente. Apenas si podía soportar el concierto de elogios de que era objeto, y he aquí que de nuevo encontré, posada sobre mí, la mirada del doctor Pacotte. En los ojos del médico había la misma agudeza quirúrgica que me penetró hasta el fondo de la conciencia y me avergonzó una vez más. Después, como si verdaderamente hubiese poseído el don de descifrar mi joven sensibilidad, á libro abierto, me dijo:

— Vas á ir á enseñar mis mariposas á tu amigo; estoy seguro de que no ha aprendido á conocerlas en París... Y, á la respuesta negativa del joven Octavio: « Explicaselas » agregó el excelente hombre volviéndose hacia mí, « puedes hacerlo porque en esa materia sabes tanto como yo... » El doctor había comprendido que en este momento me era precisa una prueba de mi superioridad